

Preso sin nombre, celda sin número

Jacobo Timerman/III

En el hall de entrada de *La Opinión* hay una madre llorando que pide verme. No tengo fuerzas para verla porque estoy tan desesperado como ella. Mi secretaria la convence que le cuente los motivos por los cuales vino a verme. Sus dos hijos desaparecieron. Los vinieron a buscar a la casa mientras ella no estaba. Una muchacha y un muchacho, 18 y 15 años. Los vecinos dicen que vieron dos coches con hombres armados. En la seccional de policía de su zona le contestaron que no tenían conocimiento de ningún procedimiento, ninguna acción oficial. Está convencida que el director de un diario es lo suficientemente poderoso para encontrar a sus hijos.

Es mentira. No está convencida, porque sabe que no puedo hacer nada. Todos saben que no puedo hacer nada. Pero no tienen a dónde ir, y recurren a *La Opinión* porque dicen que es el único diario que se ocupa de los desaparecidos. La mayoría no sabe que hay otro diario que todos los días pide al gobierno que respete las leyes, que dé a conocer la lista de los arrestados. Pero es un diario inglés, el *Buenos Aires Herald*, y no leen inglés.

Me imaginé la historia de esa mujer, y por eso no quise recibirla. Recibo a algunos, a otros no. Depende del grado de desesperación que tengo el día que vienen. Y vienen en gran cantidad. ¿Cómo decirle a esta mujer que si publico la historia de sus hijos, lo más probable es que constituya una condena a muerte? ¿Cómo decirle que el gobierno jamás tolerará que se suponga que la publicación hecha en un diario puede salvar una vida? Permitir esto significaría perder el poder de represión, la utilización del Miedo y el Silencio.

Y sin embargo, cuando mi secretaria me cuenta la historia, ¿cómo vivir con eso?

Sí, se puede vivir con eso. Así vivieron los alemanes, así vivieron los italianos. Así vivieron los portugueses. Así viven los rusos, así viven los paraguayos, así viven los chilenos, así viven los checos. Así viven los uruguayos.

Entre 1966 y 1973 hubo tres gobiernos militares en Argentina. Presididos por tres generales. Todo el esquema institucional —colocado bajo el título pomposo de La Revolución Argentina. Comenzó con gran optimismo, pero a partir de 1969 se encontró en un callejón sin salida por la resistencia generalizada a la situación económica, social, política. El peronismo comenzó en esa época a aliarse con todos los partidos políticos en la exigencia de una convocatoria a elecciones, al mismo tiempo que comienza a constituir las Formaciones Especiales, es decir la guerrilla urbana. Juan Domingo Perón las llamaba Formaciones Especiales porque no quería, oficialmente, apoyar a la guerrilla peronista y que lo acusaran de subversivo. El título del movimiento guerrillero peronista era Montoneros.

La dictadura militar entra en crisis porque no encuentra una fórmula política propia aplicable a la situación, y convoca a elecciones. Todos los partidos políticos, todos los diarios, todas las instituciones, apoyan esta solución. El peronismo triunfa ampliamente, pero con un candidato, Héctor Cámpora, que es sostenido básicamente —y dominado— por los sectores izquierdistas y montoneros del peronismo. Un par de meses después, nuevamente la situación es insostenible, y Juan Domingo Perón organiza la renuncia de quien fue su candidato porque las Fuerzas Armadas lo habían vetado a él como posible presidente. Renuncia Cámpora, hay que convocar a nuevas elecciones, y esta vez nadie puede vetar a Perón. Más aún, el país anhela que sea Perón porque supone que tiene suficiente autoridad para concluir con la violencia.

Para esa época, ya el ala derecha de Perón había desarrollado su propia actividad subversiva a través de la Triple A (Alianza Americana Anticomunista) dirigida por José López Rega, su secretario privado donde hace varios años.

Los Montoneros asesinan a quienes se ocupan de reprimirlos; a quienes ellos creen que se ocupan de reprimirlos; a quienes ellos consideran que no hacen nada contra quienes los reprimen; a quienes se pronuncian contra la violencia de la derecha pero también de la izquierda, porque los considera cómplices de la derecha; a políticos de segunda categoría amigos de políticos de primera categoría porque éstos no quieren entrar en tratos con ellos; a políticos que suponen que pueden llegar a interferir en sus planes futuros porque son liberales y atraerían a la juventud de izquierda; a periodistas de izquierda que están contra la violencia y así confunden a sus guerrilleros. Los Montoneros también secuestran, porque consideran que es lógico que los hombres que pueden pagar un rescate devuelvan a la Sociedad el dinero mal habido.

La Triple A se ocupa de matar montoneros, o a quienes supone que son montoneros; mata a políticos liberales porque considera que sus exigencias de juicios legales a los montoneros arrestados constituye una forma de asociación con la izquierda, mata a abogados defensores de montoneros presos, porque considera que son una rama de la guerrilla; asesina a escritores y periodistas de izquierda, aun cuando estén contra la guerrilla, porque estima que el pronunciarse también contra el terrorismo de derecha es en realidad una forma de debilitar la voluntad represiva de la sociedad argentina. La Triple A obtiene sus recursos económicos para la compra de armas, automóviles, pagar sueldos, adquirir propiedades para sus cárceles clandestinas, de la recuperación de bienes: el botín que toman en los allanamientos, el rescate pagado por las personas que secuestran, generalmente miembros económicamente poderosos de la comunidad judía.

Los Montoneros han logrado obligar a unas 500 grandes empresas comerciales que les entreguen una cuota monetaria mensual, como protección contra el secuestro o atentados a sus ejecutivos. La Triple A obtiene copia de esa lista y logra que esas 500 grandes empresas también se suscriban al apoyo económico de la Triple A. Las empresas pagan a las dos organizaciones.

(Al asumir el poder, en 1976, las Fuerzas Armadas incorporan a sus estructuras operacionales a todo el conjunto de la

Triple A, menos a su jefe, José López Rega, quien se encuentra en el exterior, pero no lo buscan. También se apoderan de la lista de 500 empresas y negocia con casi todas un aporte sustancial a la lucha contra la subversión. Las empresas vuelven a pagar.)

Los Montoneros integran sus filas con la juventud peronista, básicamente estudiantes universitarios y empleados. Sólo existen en las grandes ciudades.

La Triple A integra sus filas con policías y suboficiales retirados, generalmente con aquellos que han tenido problemas de indisciplina, cometido delitos, que han sido castigados por algún motivo mientras estaban en filas.

El clima de violencia envuelve a todo el país. Todavía se supone que Juan Domingo Perón puede resolver la situación, y en las elecciones triunfa por un margen aún mayor que el obtenido por Cámpora. A pesar que arrastra consigo, en la fórmula electoral, el peso muerto de su esposa, triunfa con casi un 70 por ciento de los votos. Ya es el tercer presidente peronista de ese año 1973. Pero no logra dominar la violencia, y es difícil saber si realmente quería hacerlo. Un año después muere, y la situación comienza a deteriorarse aún más en todos los niveles: especialmente el económico y el de la violencia. Su viuda, Isabel Perón, logra permanecer hasta marzo de 1976, en que las Fuerzas Armadas toman el poder. No fue su habilidad política la que logró esa supervivencia de casi 20 meses. Los militares necesitaron todo ese tiempo para preparar sus planes, según algunos observadores. Sin embargo, en verdad los planes ya estaban preparados. Los militares necesitaban algo que resultaría mucho más importante: que la situación se pudiera lo suficiente como para que toda la población —la prensa, los partidos políticos, la Iglesia, las instituciones civiles— considerara inevitable la represión militar. Necesitaban aliados, para luego convertirlos en cómplices. Necesitaban que el Miedo por la seguridad personal, por la crisis económica, por lo desconocido, fuera tan grande como para que tuvieran el margen de tiempo, de contemplación, de pasividad, necesario para desarrollar lo que consideraban la única solución al terrorismo de izquierda: el exterminio.

Hay en Buenos Aires un lugar que los clientes habíamos convertido casi en un club privado: el bar y restaurante en el subsuelo del Plaza Hotel. La *boiserie*, las mesas, las sillas, la vajilla, los decorados, todo tenía un agradable aire *art nouveau*. No nos molestaban los turistas, pasaban desapercibidos. Eramos un vasto grupo, una casi multitud de ejecutivos, empresarios, periodistas, políticos, altos funcionarios.

Teníamos nuestros platos preferidos, gozábamos con ese esnobismo de que los *maitres*, camareros y *sommeliers* conocieran nuestros gustos, y nosotros los conocieramos por sus nombres. Todos sabíamos que los servicios secretos, cada tanto —cuando reservábamos mesa con anticipación—, colocaban microfones para grabar nuestras conversaciones, y nos resultaba gracioso y divertido.

Durante años, mantuve en ese lugar conversaciones con futuros presidentes de Argentina así como con ex presidentes, con ministros como con ex ministros. Estaba ejerciendo el periodismo político desde 1946, y había llegado a ese restaurante, por primera vez, como invitado de un político. Ahora, director de un diario, era yo quien invitaba.

De mesa a mesa se cruzaban los saludos. Muchas veces he visto cómo se saludaban altos funcionarios del gobierno de turno con militares y civiles que estaban conspirando para el derrocamiento de ese gobierno. A veces quienes estaban almorzando en una mesa concluían tomando el café y los licores con los participantes de otra mesa.

Los diplomáticos venían a preguntar, los políticos a informarse, los periodistas a compartir sus informaciones, los militares a establecer contactos, los empresarios a hacer relaciones públicas con el poder actual o el futuro.

Ese clima de casi frivolidad perduró durante años basado en esos lemas que los argentinos gustan decirse a sí mismos: "Dios es argentino. Aquí no pasa nada"; "Mientras los toros no se conviertan en homosexuales, la economía argentina andará bien". Pero con el crecimiento de la violencia de derecha e izquierda, el clima fue cambiando. Esa multitud comenzó a sufrir algunas bajas temporarias por secuestro, o permanentes por asesinato. También extrañábamos a quienes habían decidido vivir en el exterior. Generalmente ese exterior era solamente radicarse en el hermoso balneario de Punta del Este, en la costa uruguaya, apenas 40 minutos en avión. Entonces los veíamos algunos fines de semana, o en verano. Pero el hecho es que en esos años de 1972, 73, 74, 75, 76, los asistentes comenzaban a experimentar preocupaciones y miedos a los que no estaban acostumbrados. La realidad argentina dejaba de tener ese aire de generosa gratuidad, y se apoderaba de nosotros un desasosiego permanente que habíamos visto en los europeos que llegaban a Buenos Aires poco después de la segunda guerra.

En uno de esos almuerzos, unas semanas después del derrocamiento de Isabel Perón, conocí a un oficial de la marina argentina. Un amigo común consideró necesario que conversáramos, y luego calificó el encuentro como el diálogo entre un ejecutor y un suicida. Se supuso en ese momento, y lo acepté, que el suicida era yo. Ahora no estoy tan seguro.

Como muchos de los militares de esa época, sentían hacia los peronistas de la guerrilla urbana un odio visceral. Les resul-

taba difícil, imposible, una aproximación política al problema, porque por encima de todo sentían su orgullo herido. La sola idea de que la guerrilla hubiera querido ganarles la batalla en el campo armado, era mucho más de lo que podían soportar. Y si bien no era la primera vez que las fuerzas armadas argentinas ocupaban el poder derrocando a un gobierno elegido en elecciones populares, jamás se había visto tal sistematización del odio. Después de todo, los militares habían ocupado el poder, desalojando a gobiernos electos en 1930, 1943, 1955, 1962, 1966 y ahora en 1976. Ese hombre de 40 a 45 años, que seguramente había comenzado su carrera a la edad de 13 años, en el Liceo Naval, después pasó por la Escuela Naval, y después se incorporó a su arma, había vivido todos esos años viendo a sus maestros, luego a sus jefes, luego a sí mismo, participar en la elaboración de golpes militares. Y él mismo podía comprobar que nunca había existido en sus filas tal magnitud de odio, tal placer en el odio.

Todos mis intentos de llevar la conversación hacia el análisis de lo que podía convenir al país en el terreno político, tanto a corto como a largo plazo, chocaban con esa convicción de la inevitabilidad del odio, de la necesidad del exterminio.

Hacía apenas 48 horas se había descubierto, por casualidad, que toda la comida destinada a un grupo de oficiales en un edificio militar, estaba envenenada. De haberse realizado el almuerzo, suspendido a último momento, seguramente unos doce oficiales de alta graduación hubieran fallecido.

— ¿Qué haría usted, Timerman, si se pudiera arrestar a los culpables?

— Es evidente que fue la guerrilla. Los sometería a las leyes militares. Trataría de que el juicio fuera público, hasta donde es posible. Permitiría al menos la asistencia de periodistas, e incluso invitaría a juristas del exterior.

— ¿Con qué objeto?

— Inevitablemente, en ese juicio aparecerían los móviles y métodos de la subversión de izquierda. Serían expuestos claramente tanto la alucinación política de la subversión como la dicotomía entre sus alegatos y sus métodos. Todo ese conjunto de ideas confusas e improvisadas, que constituyen la estructura mental de la guerrilla, aparecerían desprovistas del romanticismo que les otorga el rumor, la clandestinidad, el supuesto martirologio. Desde el punto de vista interno, a Argentina le conviene ese enjuiciamiento político, esa clarificación política que hasta ahora no pudo hacerse totalmente. La derrota política de la subversión es tan importante como la derrota militar. La aplicación de métodos legales a la represión, suprime uno de los grandes ingredientes que explota la subversión: el carácter ilegal de la represión. En cuanto al mundo exterior, sólo la legalidad les puede resultar admisible. Un gobierno que adopta métodos legales en la represión impide que la guerrilla encuentre aliados circunstanciales en hombres democráticos que no pueden aceptar la aplicación de métodos que inevitablemente les recuerdan los de Hitler o Stalin. O los de Idi Amin.

— Pero comprenderá, Timerman, que la aplicación de métodos legales significa seguramente una condena a la pena de muerte. Los que intentaron el envenenamiento fueron soldados. Están sometidos al Código de Justicia Militar. Intentaron asesinar a sus superiores. Es algo claro.

— Ya lo sé. Es duro, pero es aceptable.

— ¿Usted aceptaría, entonces, la condena a muerte de esas personas?

— Sí, la aceptaría. La acepto.

— Bueno, pues alégrese, ya fueron ajusticiados.

— ¿Sin juicio, sin defensa, sin que se tuviera conocimiento?

— Si hubiéramos seguido el método que usted aconseja, una vez condenados a la pena de muerte, hubiéramos debido suspender la ejecución.

— ¿Por qué?

— Porque hubiera intervenido el Papa.

— Es posible, pero es más soportable negarse a un pedido del Papa que teñir todo el actual proceso político de una evidencia, y sangrienta, ilegalidad que lo compromete para el futuro. Lo único que se conseguirá es que agotada esta etapa, reaparezca la venganza y la violencia. Se están colocando las semillas de una futura violencia.

— Usted es judío, y no comprende que no podemos negarnos a un pedido del Santo Padre.

— Pero el Papa se conformaría con una condena a cadena perpetua. . .

— Y dejaríamos vivo a un terrorista de 20 años para que sea amnistiado quizás dentro de 10 a 15 años, cuando haya algún Parlamento en este país y voten una ley de amnistía. Imagine, sólo tendrá 30 ó 35 años. La edad de un buen jefe militar o político, con la imagen de un mártir para la juventud.

— Por eso hay que lograr la derrota política, crear las condiciones de una convivencia democrática, que la mayoría de la juventud busque sus símbolos en otro lado.

— Si exterminamos a todos, habría miedo por varias generaciones.

— ¿Qué quiere decir todos?

— Todos. . . unos 20 mil. Y además sus familiares. Hay que borrarlos a ellos y a quienes puedan llegar a acordarse de sus nombres.

— ¿Y por qué cree que el Papa no protestará ante esta represión? Ya lo están haciendo muchos gobernantes mundiales, líderes políticos, dirigentes gremiales, científicos. . .

— No quedará vestigio ni testimonio.

— Es lo que intentó Hitler con su política de Noche y Niebla. Enviar a la muerte, convertir en ceniza y humo a aquellos a quienes ya había quitado todo rastro humano, toda identidad. Y, sin embargo, quedaron en algún lugar, en alguna memoria, registrados sus nombres, sus imágenes, sus ideas. Por todos ellos, y cada uno, pagó Alemania. Y aún está pagando, con un país que quedó dividido.

Hitler perdió la guerra. Nosotros ganaremos.